

podrá olvidar las obras del P. Granada, Fr. Luís de León, Santa Teresa y tantas obras ascéticas de escritores de primer orden que florecieron en la literatura española, las cuales si son notables por el fondo de doctrina que contienen, no lo son menos por su palabra castiza, por la hermosura del lenguaje, por la dulzura y elocuencia del estilo, por la riqueza de imágenes y comparaciones, y en una palabra, por la fluidez y espontaneidad que ofrecen tales escritos? El predicador ganará mucho para adquirir riqueza de frases, profundos y cristianos conceptos si se dedica á tales obras; y luego aquella encantadora *harmonía*, para la cual tanto se presta la magnífica habla castellana. Mas de esta *harmonía* hablaremos al tratar del *estilo*.

## LECCIÓN XXVIII.

### Estilo en general.

343. Si las palabras forman la *dicción*, la manera de expresarlas forma el *estilo*; por lo que se ve cuánto se distinguen el uno de la otra. Pues las palabras podrán ser correctas, ajustadas á las prescripciones de la gramática, claras y propias, y sin embargo, el *estilo* puede ser débil, vicioso y afectado. De donde se ve que la *dicción* no participa del genio del escritor, en tanto que su *estilo* refleja su manera de ver y sentir; aquélla es relativa á la composición y mecanismo de las partes del discurso, el *estilo* se refiere al ingenio y talento del predicador. El estilo es, según San Basilio y San Agustín, como una pintura y retrato del alma, como un espejo, en donde aquélla refleja una especie de semblante ó fisonomía del espíritu. El primero compara también el estilo á un riachuelo, cuyas aguas manifiestan su origen y procedencia; así, dice el Santo, la naturaleza del discurso descubre y manifiesta el pecho de donde brota, lo pinta con sus colores: *Nam aquarum rivulus fontem*

*suum indicat: sermonis autem natura pectus, unde emanavit, depingit ac designat.* Y así siendo tan diferentes los genios, gustos, talentos é inclinaciones de los hombres, diferentes han de ser sus estilos; puesto que éstos son la fisonomía interior, que es tan varia entre ellos como la exterior; por lo que el estilo caracteriza los discursos y los escritos de las personas, dándoles aquel semblante y color especial que convierte las ideas y expresión en obra propia suya, adornándoles de una singular belleza. Todo orador está obligado á formarse estilo propio, si quiere arrebatar los lauros de la elocuencia; precaviéndose del engaño de muchos, que arrebatando por aquí y por allá de otros autores antiguos ó modernos unas cuantas frases nuevas, algunos giros estudiados, algunas flores retóricas que tal vez marchitan en sus manos, se privan de su propio estilo y cortan por intervalos la sucesión continua de su expresión genuína, de sus naturales giros, que tanto gustan al auditorio, privándoles con esto de tan justa satisfacción para su corazón é inteligencia, y á sí mismos de su estilo propio, que tan distinguido puesto alcanza en la elocuencia. Jamás olvidemos esto: vale más ser mediano en un género y estilo propio, que copia desfigurada de un modelo excelente. En cosa tan importante tengamos siquiera presentes las siguientes condiciones que ha de tener el estilo:

344. 1.<sup>a</sup> **Orden.** Consiste en aquella disposición y relación que han de guardar entre sí los pensamientos, las frases, las imágenes y las cláusulas, estando cada cosa en el lugar que le corresponde, ni con anticipación, ni postergada, para que la perfecta y ordenada distribución de las partes forme un todo agradable y bello; así como vemos que resalta el universo por el orden admirable que en él reina hasta su menor detalle.

345. 2.<sup>a</sup> **Claridad.** Derramar luz sobre las cosas ya ordenadas, esclareciendo la proposición, los conceptos y cuanto hemos de decir para que todos nos entiendan. Sin meditar el asunto, sin poseerlo perfectamente, es poco menos que imposible la claridad, antes bien sale muy oscuro. Porque ¿cómo podrá hablar con claridad el orador de aquello que no entiende? Esta *claridad* que acompaña al orden da gran



limpieza al estilo, y hace que los pensamientos se manifiesten en su perfecto desarrollo en la expresión de sus oportunas palabras. Deben, pues, evitarse palabras que no comprenda el pueblo: palabras clásicas, técnicas, abstractas; y si rara vez hay necesidad de usar de ellas, debe darse la explicación para que se hagan bien inteligibles á todos. Sin embargo, observaremos aquí con el Sr. Martínez y Sanz que «hay muchas voces antiguas que son notables por su dulzura y tierna unción, las cuales, sin embargo, van cayendo en desuso por nuestra ignorancia ó culpable negligencia... Oradores sagrados, continúa este notable escritor: vosotros, que debéis leer sin cesar los escritos de aquellos insignes varones, sois ya casi los únicos que podeis conservar los ricos tesoros de nuestra lengua, con mucho aprovechamiento de las almas cristianas.»

**346. 3.<sup>a</sup> Naturalidad.** Cualidad que otros llaman *facilidad*, por cuanto el orador manifiesta sin esfuerzo ni ficción sus pensamientos y sentimientos con toda espontaneidad. «Nos sentimos arrebatados, asombrados, seducidos, dice Pascal, cuando vemos un estilo natural, y es porque esperamos hallar un autor y encontramos un hombre.» Si por una parte encanta á nuestro corazón un estilo natural y fácilmente lo cautiva, por otra nos causa suma repugnancia, y poco consigue de nosotros un estilo afectado. Nos es muy grato transcribir aquí este atinado párrafo del Sr. Sánchez Arce.

**347.** «La afectación, dice este distinguido escritor, siempre es perjudicial al orador, y lo es mucho más al orador evangélico, que desmerece mucho cuando se le ve más ocupado de sí mismo que del asunto de que trata. Esto precisamente sucede cuando se nota en él un cuidado esmerado en rebuscar una expresión; en presentar una imagen forzada; en expresar un sentimiento con exageración, en vez de ocuparse en verter sus ideas con espontaneidad, y sin que aparezca que lo que dice lo debe al estudio y al artificio. ¡Cuántas veces hemos visto conmovido dulcemente al auditorio por un pensamiento que se ha manifestado con facilidad, por una frase que ha brotado del corazón, y que lleva en sí todo el calor del sentimiento! Estas emociones

tan provechosas no se hubieran despertado ciertamente siguiendo *aquella propensión viciosa que algunos oradores tienen de singularizarse en los pensamientos, en los sentimientos, en el gusto y en el lenguaje*, que es lo que llamamos *afectación*. Esta especie de contagio, ordinario en los siglos en que el genio es raro, parece infestar hoy á la mayor parte de los escritores que, queriéndose distinguir á todo precio, no ofrecen en un lenguaje brillante, sino pensamientos rebuscados, agudezas, juego de palabras, figuras prodigadas sin medida.» Hasta aquí dicho autor.

**348.** Nada que es ficticio y simulado agrada en la elocuencia, porque es contrario á la real y verdadera belleza, pero en la oratoria sagrada es insufrible; el auditorio inteligente comprende que el orador pisa en terreno falso, en donde la afectación ha suplantado la vigorosa elocuencia; pero los verdaderos amantes de la Religión lloran en tales predicadores esos extravíos, se afligen y sienten vivamente que los verdaderos sentimientos que deberían agitar un pecho apostólico, una expresión que debería á lo vivo ser fiel intérprete de las afecciones del alma, sean reemplazados por un frío lenguaje amanerado, por una reprehensible ostentación de verbosidad, por una pretensión las más veces ridícula. No olvidemos que nuestro estilo ha de ser siempre natural. La naturalidad es muy agradable, y jamás nos cansa, mientras que la afectación es un estado violento, que fácilmente puede ser comprendido de los oyentes con gran perjuicio de sus almas.

**349. 4.<sup>a</sup> Precisión.** Consiste en desechar toda superfluidad de las frases, de las locuciones y del discurso. Determinar bien las ideas; no divagar en generalidades, ni hacer repeticiones inútiles y enfadosas; en una palabra, precisarlo todo á su punto exacto, sin quitar ni añadir más de lo suficiente, de tal manera que las palabras expresen la idea exacta, adecuada, precisa y completa, sin ninguna superfluidad y con toda distinción.

**350. 5.<sup>a</sup> Variedad.** Consiste en evitar la monotonía que producen en el discurso la uniformidad de unas mismas frases, figuras, adornos y giros. La variedad alegra en gran manera nuestra alma, que siempre va sedienta de nuevas



sensaciones, y la repetición de las mismas fácilmente la fastidian. Los mismos cuadros, las mismas flores y siempre el mismo color que en todo el paisaje domina cansa, aburre; y cuando en nuestra larga excursión las flores toman distintos matices, cambian los cuadros, varía el panorama, entonces salimos de aquel penoso estado, gozamos agradables sensaciones y recorreremos con alegría aquel hermoso trayecto, sembrado de tanta variedad y belleza. La elocuencia bella y vigorosa goza de esta hermosa variedad. Desde Quintiliano hasta nuestros días los escritores se han complacido en compararla á un impetuoso río que con toda majestad sigue su curso. ¿Cuánta variedad en él no se observa? Ya dilata la corriente de sus aguas por un espacioso cauce, ya se estrecha y se comprime por otro más reducido; ora baja manso y suave por su ordinario curso, ya con ímpetu se desborda por dilatadas praderas; á veces sus olas tranquilas apenas si dejan percibir el suave murmurio de las aguas, y otras brioso pasa bramando luchando contra las rocas que se oponen á su paso; y á medida que se acerca al mar su curso es más precipitado. Imágen expresiva de la verdadera elocuencia: tal ha de ser la variedad y atractivo que ha de gozar el estilo; y si bien puede tener estos diferentes grados desde el más humilde y llano hasta el más vehemente y armonioso, sin embargo, nunca debe arrastrarse hasta la grosería, ni llegar á lo ridículo, sino que siguiendo su curso natural y majestuoso, á medida que se acerca á su fin es más vehemente, se precipita con ímpetu en el corazón del hombre en su calurosa peroración. Pues en esta hermosa variedad hay que tener siempre presente la salvación de las almas, el fin á donde va á parar esa impetuosa corriente.

351. Mas ¿qué cosa se presta mejor para todo esto que las verdades y excelencias de nuestra Santa Religión? Su grandeza y belleza con el conjunto de doctrinas, misterios y maravillas que nos enseña, los justísimos preceptos que nos intima, la magnificencia de los premios y la terribilidad de los juicios; este grandioso cuadro que nos presenta la Religión se presta á toda variedad de imágenes, figuras, estilos y sentimientos los más poderosos, para instruir, agradecer y mover los corazones más rebeldes, sin necesidad de ir

á mendigar auxilios extraños para evitar la monotonía, y correr por el caudaloso río de la elocuencia. Pero esto no se logra sin el estudio de la Sagrada Escritura, sin la meditación profunda de las verdades de nuestra Santa Religión. Porque en estos estudios sagrados se adquieren profundas ideas, se inflama el pecho; necesariamente de la inteligencia del predicador han de brotar luminosas ideas, de su corazón ardorosos sentimientos. Los ministros del Santuario, los centinelas de Israel, que se habrán olvidado de aquellas palabras del Profeta Rey: *Quia lex tua meditatio mea est*, no podrán declinar el juicio severo en el día de las cuentas.

352. 6.<sup>a</sup> **Decencia.** Consiste en hablar de un modo conveniente tanto al orador como á los que le escuchan. La altura extraordinaria, á la cual eleva al predicador su ministerio, le debe recordar lo que se debe á sí y á los demás. Debe, pues, evitar locuciones bajas, triviales y cuanto pueda ofender el respeto que se debe al auditorio, ni menos alarmar su pudor. «Hay, dice el Sr. Martínez Sanz, en los diccionarios de todas las lenguas algunos términos propios exactos, de los cuales, sin embargo, no debe servirse el orador, porque son bajos ó sórdidos. *Bajas*, son las expresiones que no corresponden á la dignidad del asunto. *Sórdidas*, las que revelan objetos *asquerosos*, repugnan á la buena educación, ó hieren el pudor: las primeras se llaman *indecentes*; *groseras* las segundas, y *torpes* las últimas.» En estos casos debemos valernos de circunloquios ó rodeos, que llamamos perífrasis; á veces la preterición entra bellísimamente, como cuando Cicerón, absteniéndose de hablar de las costumbres de Antonio, dice: *Sunt quedam quæ honeste non possum dicere*.

353. Haremos con todo esta observación. Ya algunos escritores lo han notado que, á medida que una nación se vuelve más corrompida y estragada de costumbres, se vuelve también más delicada en las palabras y locuciones. En cualquier palabra la más sencilla le parece ver una alusión directa á la pasión criminal que en su alma abriga, y considera ó pretende hacer creer que todo el mundo se ha escandalizado por aquella palabra que con la mayor prudencia se expresó en el púlpito. Antiguamente, que había más senci-



llez de costumbres, ciertas palabras en el púlpito pasaban por muy decentes, por muy castas, y servían para sacar las almas del atolladero de sus vicios; mas usadas hoy día se escandalizarían. Pero ¿quiénes? Los que menos motivos tienen para escandalizarse. Se ha visto madre de familia que se ha escandalizado porque su hija oyera algún sermón, y no se escandalizaba de llevarla al teatro á ver y oír lo que no debía; se ha visto hombre de mal vivir públicamente delante de sus mismos hijos y de todo un pueblo, sin temer escandalizarles, y sin embargo, no quería que asistieran las hijas de familia á sermones de Misión para que no se escandalizaran; vereis otros que hacen de los escandalizados si el predicador hace con la prudente claridad una plática instructiva sobre los bailes, amoríos, lecturas de novelas y tratos peligrosos para preservar la juventud, ó darles medios para salir del atolladero de sus vicios, y sin embargo, esos que pretenden quedar escandalizados son los que profieren torpes palabras para la seducción, esparcen papeles inmorales, dejan las novelas en manos de sus hijos... Está tan perdido el mundo, tan invadido por toda clase de seducción y escándalo para la vista, oído y demás sentidos, que en general podemos afirmar que aunque un predicador explique con claridad los diez Mandamientos, salvas las prudentes reservas siempre acostumbradas, la juventud de hoy día nada oye de nuevo en los sermones, porque nada es comparable á los horrores é indecencias que hoy se oyen y se ven por calles, plazas y tantos lugares de seducción. El predicador sacará de lo dicho estas consecuencias: 1.<sup>a</sup> El cuidado que ha de tener en usar las palabras más decentes, atendida la prevención general. 2.<sup>a</sup> El ningún valor ó caso que ha de hacer el misionero de quejas de cierta gente que quiere que el ministro de Dios pase por alto los vicios, ó los cubra con una alfombra de flores, para que no se vea la podredumbre, ó bien la juventud no pueda precaverse contra las insidias y ataques de esos pretendidos escandalizados, que quisieran á mansalva perpetrar mejor sus delitos. ¿Cómo es que los buenos cristianos nunca por lo general se escandalizan de los sermones?... 3.<sup>a</sup> En cuanto al acierto en la elección de palabras decentes y de-

corosas es preciso conformarse con el buen gusto dominante de la época, lo mismo que del lugar en donde se vive. Atendido el fin de nuestro sagrado ministerio, que antes de plantar las virtudes ha de extirpar los vicios, y que éstos de sí son feos, y la elocuencia en su ímpetu y vehemencia está más inclinada á llamar las cosas por su propio nombre, enemiga de rodeos y falsas posiciones, el predicador debe evitar cualquier escollo; esto es, que mientras sabe contenerse en la *decencia* de las palabras y del estilo, por otra parte no se deje acobardar por una falsa aprehensión, dejando de anatematizar y extirpar, cual profeta de Dios, los vicios de Israel.

**354. 7.<sup>a</sup> Harmonía.** A aquella noble facultad que está destinada para cautivar el corazón, no le puede faltar aquella bella cualidad tan apta para moverlo, aquella música sonora que, hiriendo suavemente sus oídos, una á una va á tocar sus fibras más delicadas: la *harmonía*. Esta consiste en un feliz enlace de palabras, de manera que los miembros que forman un período tenga entre sí una buena disposición y aquella cadencia final que tan grata es al oído. Esa música del lenguaje, la cual sabe escoger los sonidos más adecuados y armoniosos, determinando su entonación, duración y lugar, según conviene á las ideas y sentimientos que se expresan, llena de incomparable belleza y armonía el discurso. La lengua española se presta admirablemente á ello por su extensión, sonoridad y magnificencia; ella, usada con maestría é inteligencia, llena con toda perfección el número oratorio.

**355. El número oratorio** lo ha definido un autor: «cierta porción de discurso, dividida en porciones ya iguales, ya desiguales, medidas y cadenciosas para agradar al oído; ó una serie de períodos cortados en proporciones simétricas.» A él pertenecen las pausas que proporcionan descanso y claridad. Así como el *período* está formado de palabras y cláusulas, con tal enlace que forman un sentido perfecto y cabal, dotado de su armonía en una extensión determinada. La *cláusula* es la manifestación de un pensamiento completo entre punto y punto final. Según la extensión de las cuales resulta el lenguaje: *Cortado*, si se compone de pro-



posiciones breves é independientes, pero completas, y éste usó el P. Estella. *Periódico*, si la cláusula se compone de varios miembros, de tal modo encadenados unos con otros, que concurren todos al complemento de la idea general, y éste lo usó el P. Granada.

**356.** La **harmonía** es de dos maneras: *mecánica* la una, y la otra *imitativa*. La primera consiste en presentar de un modo grato al oído las palabras y los períodos artísticamente combinados. La *imitativa* consiste en adaptar á los sonidos, á los movimientos y hasta á las pasiones las voces, los movimientos y las maneras de decir que tienen cierta semejanza con ellos, como lo hace la figura *onomatopeya*, v. gr., el *estampido* del trueno.

**357.** No puede negarse, pues, que la harmonía hace muy agradable el discurso, y que con sus notas graves y llenas, ya agudas y elevadas á manera de una música melodiosa, es un medio poderoso para agrandar y abrir las puertas del corazón humano; pues de nuestra parte hemos de poner todos los medios que están en nuestra mano, después de poner nuestra confianza en Dios; sin embargo, no podemos abusar de esta cualidad que ha de tener el estilo; porque entonces esta harmonía empalagaria, especialmente si se notase afectación en el orador. Procuremos formarnos en nuestro propio estilo con todas esas cualidades que le son tan necesarias, y pronto podremos recoger los copiosos frutos de nuestro trabajo.

## LECCIÓN XXIX.

### Géneros de estilo.

**358.** Podemos decir que contribuye á formar el estilo propio de cada uno la educación, los estudios, el genio, las inclinaciones y el gusto; y por tanto, la expresión oratoria, que es el cuerpo visible de la elocuencia, está sujeta á tantas

variaciones cuantas son las inclinaciones y gustos formados de los oradores; que por esto Buffón ha dicho que el estilo «es el hombre mismo.» Y así como la infinita variedad de rostros distinguen tanto á los hombres entre sí, y en esa multitud de semblantes distintos vemos como en un espejo sus sentimientos interiores expresados, así el estilo puede llegar á una variedad prodigiosa, siendo como es el rostro del ánimo, según la expresión de Cicerón: *Oratio cultus animi est*. El estilo es el signo revelador de las inclinaciones y gustos del orador, formados según la educación y los estudios; y por tanto, es inútil disputar sobre los principios fijos del estilo, cuando éstos faltan, y únicamente podremos establecer, como han hecho otros escritores, este axioma tan vulgar: «En materia de estilo, el juez árbitro y soberano es el buen gusto.» Tengamos presente que el estilo es la fisonomía del talento, de la pasión, del carácter del orador; estas palabras de Villamain lo definen en cierto modo exactamente: «Es el alma manifestada exteriormente por medio de la palabra.»

**359.** Visto ya lo que se entiende por estilo oratorio y las cualidades que deben adornarlo, evidentemente se deduce de esto que todo su atractivo, belleza y energía depende de observar las reglas indicadas, sobre todo la espontaneidad, porque ésta expresa el estilo propio de cada uno de un modo más expresivo y enérgico sin ser violentado; ofreciendo la ventaja que, siguiéndolo, puédese ir perfeccionándose y salir aventajado en su género. Y si bien es verdad, como ya dijimos, que, según los Santos Padres, el estilo es el semblante del ánimo, y que de éste recibe la vida; pues según que el ánimo está triste ó risueño, indiferente ó afectado, distraído ú hondamente preocupado, el estilo se eleva ó se abaja, lo cual hace tan difícil toda distinción y clasificación de estilo, como lo sería el querer clasificar todos los semblantes; con todo, desde muy antiguo los autores han convenido en hacer alguna clasificación.

**360.** Ellos distinguen tres géneros de estilo: uno que llaman *sumiso*, llano, sencillo ó tenue; otro *templado*, medio ó florido; y el tercero *sublime*, magnífico, grandioso ó vehemente. ¿Podremos llamar exacta esta clasificación? «No,